

RESEÑA DE LIBRO

Carolina Trivelli e Hildegardi Venero, *Banca de desarrollo para el agro: experiencias en curso en América Latina*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2007, 376 pp.

Existen diversas instituciones financieras trabajando en América Latina, con características muy distintas pero con un objetivo similar: dirigirse a los sectores desatendidos y ayudarles en el desarrollo de actividades económicas, muchas de ellas ligadas a la agricultura. El libro de Carolina Trivelli e Hildegardi Venero es una contribución importante al conocimiento de las experiencias y estructuras de un conjunto de instituciones financieras –o «bancos de desarrollo» como son llamados en el libro– que vienen operando en América Latina y que muestran diversas rutas por las cuales se puede llegar –o no– a clientes rurales.

El libro de Trivelli y Venero presenta las características, el diseño y la concepción de algunas instituciones que brindan financiamiento al sector agropecuario en América Latina, destacando la influencia del contexto en el que operan, las innovaciones y las experiencias positivas. Asimismo, las autoras realizan un recuento de las principales debilidades y críticas que reciben dichas instituciones, las que están relacionadas, en varios casos, con las dificultades propias de trabajar en mercados rurales. Cabe mencionar que no todas las instituciones seleccionadas encajarían estrictamente en una definición de banca de desarrollo para el agro, sino que son instituciones cuyo fin es apoyar diversas actividades económicas y, a la vez, dirigirse a la población con limitado acceso al financiamiento.

Las autoras inician el libro con una recopilación interesante de la diversa bibliografía existente sobre los problemas del financiamiento rural. Resumidamente, el libro instruye al lector sobre la evolución de las finanzas rurales, desde las orientaciones tradicionales más asistencialistas hasta las nuevas tendencias en las que destacan los conceptos de sostenibilidad y competencia.

Las experiencias de las instituciones seleccionadas por las autoras son resumidas en el tercer capítulo del libro. Este presenta una síntesis de las principales características de cada

institución y discute aspectos clave de su operatividad, como cuál es el cliente objetivo (de primer o segundo piso), cuál la estructura de propiedad y cuáles los tipos de servicios que ofrecen para atender las necesidades de la pequeña agricultura. La sección se complementa adecuadamente con la inclusión de cuadros comparativos referidos a los aspectos clave mencionados.

Las autoras señalan que no se puede derivar conclusiones sobre cuál sería el mejor modelo para una institución de desarrollo, ya que todo depende de la situación particular de cada país. Aun así, no se puede evitar encontrar en el libro mensajes sobre cuáles son –y no son– las características que pueden mejorar el desempeño de los bancos de desarrollo. De todas formas, las conclusiones finales del libro son en su mayoría las esperadas. Un buen banco de desarrollo debería ser sostenible, multisectorial y ofrecer servicios diversos. El ser de segundo piso también influiría en un mejor desempeño. Asimismo, los bancos de desarrollo del sector público deberían coordinar con otros programas orientados a fines similares, para que sus esfuerzos no se crucen ni se superpongan sino que generen sinergias y mayor impacto.

Una de las limitaciones que presenta el libro es la falta de una definición inicial de banca de desarrollo. Hubiera sido conveniente que las autoras especificaran las características generales de un banco de desarrollo, con el objetivo de establecer las diferencias entre la banca de desarrollo y otras empresas que ofrecen servicios financieros para clientes de bajos ingresos. Ello también hubiera ayudado a entender por qué entre las instituciones escogidas como experiencias en curso se encuentran una que no es institución financiera (sino una dependencia del Ministerio de Agricultura) y otra que es una institución con estructura mayoritariamente privada y, probablemente por ello, con niveles de rentabilidad elevados.

Asimismo, las autoras mencionan en el libro que un banco privado puede ser un banco de desarrollo. Con esta afirmación, y teniendo en cuenta los nuevos paradigmas de sostenibilidad y diversificación que ahora manejan los bancos de desarrollo, la línea que separaría a los bancos de desarrollo de instituciones microfinancieras o bancos dirigidos a segmentos de bajos ingresos sería muy tenue.

Otro problema conceptual que presenta el libro es el énfasis en una banca «para el agro», aun cuando: (i) la selección de experiencias analizadas incluyen instituciones cuyo segmento principal no es el agro y (ii) las propias conclusiones del libro señalan que lo mejor es una banca multisectorial. Las autoras destacan la importancia de la banca de desarrollo en el financiamiento al agro y concluyen que esta va a mantenerse debido al papel actual que está cumpliendo. Sin embargo, el libro deja de lado el análisis sobre qué es lo mejor para financiar al agro. En lugar de plantear la pregunta «cómo hacer para que la banca de

desarrollo perfecciona su trabajo de atender las necesidades financieras de los agricultores», las autoras podrían haber planteado «cómo mejorar la atención de las necesidades financieras de los agricultores», sin asumir que las acciones tienen que venir necesariamente a través de un banco de desarrollo.

Relacionado con lo anterior, el libro menciona que se necesita la existencia de una banca de desarrollo para hacer frente a las fallas de mercado, presentes especialmente en los mercados rurales. Sin embargo, habría que evaluar si los bancos de desarrollo públicos son la mejor forma de subsanar las fallas de mercado o si existen otros mecanismos que sean más eficientes. El libro no contiene un análisis profundo del tema. Este recoge las experiencias de instituciones que tratan de solucionar algunas fallas de mercado (por ejemplo, ofreciendo seguros o subsidiando los altos costos transaccionales), pero no realiza un análisis teórico ni recoge mayor evidencia que indique si esas respuestas (considerando el diseño y quién las brinda) son las más adecuadas.

Un tema importante en la discusión de la banca de desarrollo está referido a cuál es el nivel adecuado de rentabilidad para estas instituciones. Sin embargo, este tema es mencionado de manera superficial en el libro y con una orientación más social que económica. Es cierto que las empresas que obtienen rentabilidad alta podrían haber cargado un menor costo a los clientes; pero también es cierto que la evaluación de riesgo no debe ser dejada de lado. Es importante recordar que si los deudores están dispuestos a pagar dichas tasas es porque sus proyectos o planes son rentables, aun con los riesgos que enfrentan. Además, cabe recordar que la mayoría de las instituciones poseen financiamiento a costo 0%, por lo que las tasas siempre cuentan con un porcentaje de subsidio (que trataría de compensar las fallas de mercado). El libro carece de un análisis sobre cómo equilibrar los objetivos opuestos que pueden surgir en instituciones como estas: (i) garantizar una permanencia en el tiempo, generando utilidades que permitan ampliar operaciones y enfrentar riesgos; o (ii) beneficiar a un grupo poblacional específico, probablemente en un periodo corto por su reducida capacidad de pago que mermaría los fondos de la institución.

Asimismo, hay criterios que no son considerados de manera consistente cuando se evalúa a las instituciones financieras seleccionadas. Por ejemplo, al discutir la experiencia de la Financiera Rural de México se menciona que el objetivo de sostenibilidad está por encima de todo (y la empresa tiene un ROE de 2,15%). Al mismo tiempo, se considera al Banco de Desarrollo Rural de Guatemala (Banrural) como un ejemplo de un nuevo concepto de banca de desarrollo (y Banrural es el banco más rentable de Guatemala, con un ROE de 31,49%). Existe una divergencia muy amplia entre los resultados financieros y los comentarios realizados por las autoras sobre dichas empresas.

Una de las conclusiones del libro es que los bancos de desarrollo sí ayudan a promover las finanzas rurales, pero usando formatos distintos a los que tenían en el pasado, tanto en su organización como en el modo de llevar el financiamiento a las zonas rurales. No obstante, hay similitud entre los formatos pasados y presentes (como los subsidios y el predominio del sector público), y la diferencia más grande sería la menor presión política que reciben y la búsqueda de sostenibilidad (siguiendo el ejemplo de las instituciones microfinancieras). En los casos estudiados, la mayoría de gobiernos dirigen economías de mercado, lo que lleva a que el sector privado ejerza una mayor vigilancia de sus acciones (aumento de *accountability*) y genere una presión en los gobiernos para administrar mejor los recursos.

Las autoras han recopilado vasta información sobre las instituciones analizadas y el contexto que las rodea, tanto político como financiero. El deseo de brindar al lector la mayor información posible sobre la banca de desarrollo en los países escogidos ha hecho que en algunas partes el libro resulte reiterativo. El análisis de las instituciones escogidas vuelve a presentarse en la sección de lecciones aprendidas, cuando podría haber sido suficiente citar las páginas de la sección previa.

Al margen de las limitaciones mencionadas, *Banca de desarrollo para el agro: experiencias en curso en América Latina* es una fuente rica de información sobre las distintas características y estructuras de instituciones que buscan el desarrollo económico en América Latina, no solo del sector agrario sino en general de la población con menores recursos. El libro invita al debate y es un aporte importante a la discusión actual sobre las finanzas rurales y el rol de los bancos de desarrollo.

Janett Vallejos